

VENTAJAS DE VIAJAR EN TREN

Aritz Moreno, 2019

INNECESARIAMENTE CAÓTICA, OFENSIVAMENTE SUCIA

Sinopsis

Helga Pato, editora independiente, cree haber encontrado al hombre de sus sueños en el escritor de éxito W. Una breve convivencia es suficiente para comprobar que el tipo es un fantoche. Decepcionada, lo deja y se compra un perro. Inicia entonces una nueva relación, esta vez con un quiosquero tan proclive a la raza canina que la convierte en una perra. Harta de sufrir humillaciones, decide matarlo, pero solo consigue dejarlo tonto. Tras ingresarlo en una clínica del norte, Helga inicia el regreso a Madrid en tren, donde un compañero de viaje que se presenta como psiquiatra la pone en conocimiento de algunos casos de pacientes a cual más extravagante.

Argumento

Adaptación de la novela homónima escrita por Antonio Orejudo. Comienza con estas palabras: “Imaginemos a una mujer que, al volver a casa, sorprende a su marido inspeccionando con un palito su propia mierda; imaginemos que este hombre no regresa jamás de su ensimismamiento; imaginemos que ella tiene que internarlo en una clínica para enfermos mentales al norte del país. Nuestra historia comienza justo a la mañana siguiente”. Con este preámbulo, el narrador elude su responsabilidad de dar coherencia a su relato porque la imaginación es caprichosa. Lo dice el slogan promocional: “La verosimilitud está sobrevalorada”. O sea, que te la voy a meter doblada. Así es como el espectador visualiza una historia aceptable a través de una sucesión de imágenes que no entiende.

El primer episodio, anunciado como “El casamiento engañoso”, muestra una mujer de mediana edad tomando asiento en un tren. Posteriormente sabremos que se trata de Helga Pato, una editora que regresa a Madrid después de internar a su marido en una clínica psiquiátrica. Sin otra cosa que hacer, deja volar su fantasía en la que una serie de personas extravagantes encadena una serie de situaciones irracionales. Lo malo es que de esto no se advierte al espectador.

Frente a Helga se sienta un hombre que la interpela con estas palabras: “¿Le apetece que le cuente mi vida?”. Ella asiente y él se presenta como Ángel Sanagustín, psiquiatra especializado en pacientes con un tipo de esquizofrenia que “presentan una tendencia muy marcada a narrar la propia vida, pero lo hacen cada vez de un modo diferente, de manera que su personalidad no consiste en otra cosa que una sucesión de relatos superpuestos, como las capas de una cebolla. Cuando nos queremos dar cuenta no tenemos personalidad propiamente dicha que estudiar, sino una colección de cuentos, una narrativa tras otra, debajo de las cuales no hay persona”. Sin proponérselo, el supuesto psiquiatra acaba de diagnosticar el desequilibrio que sufre Helga Pato.

En el tren, Sanagustín cuenta a Helga la historia de Martín Urales, uno de sus pacientes que murió triturado al meterse voluntariamente en un camión de la basura. Sanagustín conoció a Martín a través de una carta que le envió Amelia, la hermana del loco. Según ella, Martín, siguiendo los deseos de su padre, ingresó en una Academia militar, siendo enviado al frente de Kosovo. Tras unos años desaparecido, Martín se presentó en casa diciendo que lo habían expulsado del Ejército. Contó que en Kosovo había conocido a la doctora Linares, responsable de un orfanato que, para mantenerlo, se prostituía con “mandos de la OTAN, miembros del séquito papal, observadores de la ONU y altos representantes de ONGs”, y acabó vendiendo niños huérfanos a quien le decía que así tendrían mejor vida. Pero la engañaban: los niños eran explotados sexualmente y descuartizados para vender sus órganos. Así lo explica uno de los traficantes: “Yo soy un profesional de la economía de mercado. He sido adiestrado para extraer el máximo beneficio de la materia prima. Aunque la filmación de la muerte genera muchos más beneficios que la prostitución o el chantaje, nada es comparable al precio que pagan las farmacéuticas por las vísceras. Las tripas las estamos vendiendo por una fortuna a una firma que fabrica un alimento especial para ocas. Los cuerpos, limpios y vaciados, se los queda un excéntrico artista de Nueva York que los vende entre la progresía neoyorquina que valora un huevo el arte hiperrealista de este tío. Las autoridades no dicen nada porque rebajamos las cifras del paro juvenil y participan simbólicamente en el negocio”. Cuando Martín denunció los hechos fue declarado insumiso, lo expulsaron del ejército y lo ingresaron en un hospital psiquiátrico.

Naturalmente, el padre de Martín no se cree una palabra. Es evidente que su hijo no pudo conocer la declaración del traficante. (Eso mismo piensa el espectador, que todavía no ha entendido que director y guionista se pasan la verosimilitud por el forro. Con lo bien que va por libre.) Ofendido, Martín se va de casa. Tras la muerte del viejo, Amelia escribe a Sanagustín, y este la visita. (El vacile al espectador alcanza su cota más alta: como luego se sabrá, Sanagustín y Martín son una misma persona. ¿Desdoble de personalidad?) Sentados en un sofá, ella confiesa haber mentido: Martín nunca entró en la Academia militar ni estuvo en Kosovo, trabajó de basurero, perdió un brazo atrapado por la máquina... Con la emoción del relato, Amelia se echa en brazos de Sanagustín y busca sus labios. Solo entonces, el psiquiatra se da cuenta de que está besando a un hombre manco. Se trata de Martín, vestido de mujer, que lo conduce al subsuelo de la casa, donde almacena la basura de ocho años. Martín explica a Sanagustín el proceso seguido por la basura: “Todo comienza con la identificación de cada bolsa. El plástico con el que están fabricadas las bolsas conserva las huellas. Cuando estas coinciden con las de los desechos estamos ante el dueño de la basura. Cada vecino tiene una ficha con todo su historial y con el resultado al detalle de los análisis de sus desechos. En los países más avanzados, esta tarea la realizan los propios ciudadanos que separan y clasifican su propia basura creyendo que así mejoran el medio ambiente. Pero aquí no, alguna ventaja tenía que tener el tercermundismo. Conocen sus gustos, sus fobias, cómo van a fin de mes, su intención de voto, su actividad sexual... lo saben todo”.

Tras su abandono del cuerpo de basureros, Martín, consciente de que los servicios de inteligencia lo buscan para aniquilarlo decide hacerse pasar por su hermana. Pero tiene micrófonos implantados en las fosas nasales y metales que le impiden comprar en el súper. Por eso se alimenta con su orina y sus heces: “¿A que estaban buenos el licor y la longaniza que te has comido?”, pregunta a Sanagustín. Al llegar la noche, Martín saca de la casa al psiquiatra y lo arrastra hasta un camión de basura con intención de meterse los dos bajo las palas. En el último momento, Sanagustín logra zafarse y Martín muere triturado. Volviendo al tren, Sanagustín baja en un apeadero y Helga no vuelve a verlo.

Voz en off: “El problema de Helga Pato con las personas era que confundía los narradores con los autores, y a estos, algunas veces, con los personajes”. El episodio siguiente, titulado “Las personas”, sería cronológicamente el primero.

Helga Pato, una editora independiente, acude a la firma de libros de W, un escritor muy leído por la izquierda. “Ella creyó que en ese momento comenzaba una novela de amor que trataba de una joven editora que se enamoraba de su autor favorito, pero en realidad se había enamorado del narrador y se fue a vivir con un personaje. Después de este fracaso sentimental, Helga dejó su trabajo, adoptó un perro y decidió que no iba a querer saber nada de un hombre nunca más”. Sin embargo, mientras Helga pasea al perro, conoce a Emilio, un amante de los perros propietario de un quiosco. Helga va a vivir con Emilio que la somete progresivamente hasta hacerla comportarse como una perra: llevar un collar, comer alimento para perros sin usar cubiertos, vivir en una perrera fuera de la casa, practicar el sexo a cuatro patas, ser montada por un perro... (Algo tan desagradable estética y moralmente no se veía desde que Pasolini denunció las depravaciones cometidas por los fascistas en la República de Saló. En aquella ocasión, los actores y actrices salieron tan asqueados que no volvieron a hacer cine. Se ve que Pilar Castro tiene mejores tragaderas.)

Un día, el vaso recibe la gota que lo hace rebosar. Helga imagina que mata a Emilio de un martillazo y da sus sesos a comer a los perros, secuencia subrayada por una canción que dice cosas como “El amor te empuja a ser malo y te deja hecho mierda” (“El amor”, Massiel, 1981). De la idea al hecho, Helga le administra 10 cm³ de anabarbital, “un poderoso tranquilizante que no dejaba rastro y que podía conseguirse por correspondencia y sin receta en internet”. Después de pasar unos días con su madre, Helga regresa, pero Emilio no ha muerto. Está jugando con un mojón. Ante su estado, Helga lo ingresa en una clínica para enfermos mentales, circunstancia mostrada en la primera secuencia del film. Cuánto mejor habría sido respetar el orden de los dos episodios hasta ahora narrados. El desorden no es malo si lo hace Tarantino (“Pulp fiction”) o Lynch (“Mulholland Dr.”). El problema es que Aritz no da la talla y se queda en el caos.

Tras la fuga de Sanagustín, Helga Pato abre la carpeta que el psiquiatra se ha dejado en el tren. Buscando un teléfono o una dirección encuentra la ficha de un paciente que llama su atención: Trastorno paranoico de tipo somático. El protagonista de este caso se llama Gárate y esta es su presentación en off: “Yo nací en una ribera y la humedad reblandeció mis huesos obligándome a guardar cama la mayor parte de mi vida. No acudí jamás a escuela alguna. No tuve trato con los muchachos vertebrados de mi edad. Mis experiencias fueron siempre proporcionadas por las lecturas o la pantalla del televisor” más algún vídeo porno que le suministra su cuidador. “Y así, este niño caracol se hizo una idea del mundo y del maravilloso universo del amor. Gracias a los adelantos en materia de prótesis, me llenaron el cuerpo de hierros por dentro y por fuera”. Meses después, durante una excursión de minusválidos a París, le roban la cámara de retratar y a Rosa, una coja, la muleta. En el hotel, Rosa le ayuda a quitarse las ortopedias y lo baña. El sexo entre los dos tullidos defrauda a la “babosa posmoderna”, la “gamba pelada”, porque no se parece en nada a lo que había visto en los vídeos. Para colmo, cuando él se la mete en la boca, a ella le da una arcada y se marcha.

En el tercer episodio, que se titula “Ventajas de viajar en tren”, Helga Pato ha vuelto a su casa, donde fue una mujer-perra. Recibe la llamada de Sanagustín exigiendo que no vuelva a llamarle, ya que él no ha perdido ninguna carpeta. Helga sabe que Sanagustín vive en

Galapagar, en una casa junto a un cúmulo de bolsas de basura. La busca y la encuentra. (Habíamos aceptado la montaña de basura como una fantasía, pero Aritz vuelve a clavárnosla diciendo que existe de verdad. Si me obligan a elegir entre verosimilitud y estupidez yo lo tengo claro.) El hombre que vive en la casa no es el que la abordó en el tren. Este es el auténtico Sanagustín. Está casado con Amelia, la hermana de Martín, enfermo residente en la clínica donde Helga dejó a su marido, que aprovechando el régimen abierto, ha subido al mismo tren que Helga y se ha hecho pasar por su cuñado. Sanagustín explica que “Martín padece una esquizofrenia paranoide de gran riqueza sindrómica. No hay trastornos afectivos pero la personalidad está escindida. Sufre alucinaciones y delirios y, en ocasiones, siente que es otro y vive como si lo fuera. Es lo que en lenguaje corriente se llama doble personalidad. Actualmente, por lo que usted dice, vive como si fuera yo”. En cuanto a las fichas de pacientes contenidas en la carpeta, han sido inventadas por Martín y son “un puro disparate”.

Helga busca la casa de Martín para pedir su permiso para publicarlas. El loco se sorprende: “—El lunes que viene hace siete años y dos meses que dejé de leer. Desde que veo con ojos de psiquiatra no me creo una palabra. La verosimilitud me aburre. ¿Por qué tanto esfuerzo de libros y películas en parecer reales si todo el mundo sabe que no lo son? —Bueno, hay una cosa que se llama suspensión de la incredulidad. —La verosimilitud está sobrevalorada”. Muestra de la inverosimilitud que tanto le gusta a Aritz, las escenas siguientes son una explosión que arrasa el sótano; Helga en una ambulancia, sucia, pero indemne; Helga firmando la autorización para que su marido sea operado; Helga nuevamente en el tren. Un hombre manco de fisonomía idéntica al basurero imaginado por ella mientras escuchaba el relato del falso psiquiatra se sienta frente a ella y le propone: “¿Le apetece un poquito de conversación?”.

Reparto

Helga Pato	Pilar Castro
Martín Urales de Úbeda / Ángel Sanagustín	Ernesto Alterio
Falso Martín	Luis Tosar
Falsa Amelia Urales de Úbeda	Belén Cuesta
Padre de Martín	Ramón Barea
Madre de Martín	Iñake Irastorza
Dr. Crespo, en Kosovo	Paco Sagarzazu
Dra. Linares, hospiciiana-prostituta	Stéphanie Magnin
Cristóbal de la Hoz, cliente	Javier Godino
W, escritor	Alberto San Juan
Emilio, amante de los perros	Quim Gutiérrez
Gárate, el ortopédico	Javier Botet
Rosa, la coja	Macarena García
El verdadero Sanagustín	Manuel Morón
La verdadera Amelia	Maiken Beitia